

Ciudadanos resilientes en una sociedad de riesgo

“En tiempos tan oscuros nacen falsos profetas y muchas golondrinas huyen de la ciudad. El asesino sabe más de amor que el poeta y el cielo cada vez está más lejos del mar.”
Siete crisantemos, Joaquín Sabina.

En las ciencias sociales no es poca la literatura que hay sobre el concepto de riesgo, asociado en su acepción más general a la “posibilidad de que algo pueda ocurrir”, pero también a la que más se corresponde con la tradición sociológica de “miedo a lo desconocido”. De manera particular, desde esa última acepción pensadores tan importantes como Ulrich Beck, Zigmund Bauman y Anthony Giddens han dedicado su atención al estudio de las complejidades del riesgo en las sociedades postmodernas. En su conocido libro *Un mundo desbocado*, el sociólogo británico Anthony Giddens establece diferencias entre los tipos de riesgos:

Nápoles Defrank

Ingeniero agrónomo, Escuela Superior de Agricultura, Saltillo, Coahuila, México. Maestría en Suelos y Recursos Naturales, Centro Tropical de Investigación y Enseñanza, Turrialba, Costa Rica. Posgrados en Suelos y Recursos Naturales, en la Universidad de Carolina del Norte y en la Texas A&M University, Estados Unidos; Posgrado en Manejo de Imágenes de Satélite para los Recursos Naturales, Centro Espacial San Miguel, Buenos Aires, Argentina; Posgrado en Manejo Integrado y Análisis de Cuencas Hidrográficas (Watershed Management), en Cornell University, Ithaca, Nueva York.

Director del Departamento de Suelos del Ministerio de Agricultura; director de Ordenamiento Territorial del Ministerio de Medio Ambiente; y director de la Escuela de Agronomía y del Depto. de Recursos Naturales. Profesor de Suelos, Foresta, Riego y Drenaje, Hidráulica Agrícola, Conservación de Suelos y Construcciones Rurales, todos en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (Unphu); y profesor de Ecología, en la Universidad APEC (Unapec).

Representante del país en eventos en México, Venezuela, Brasil y Argentina; así como en la FAO, en Italia. Ha publicado varios artículos sobre suelos, recursos naturales, y ciencia y tecnología. Es autor del libro *Los suelos de la República Dominicana*, y en la actualidad prepara otros dos libros sobre recursos naturales.

...A uno lo llamaré riesgo externo. El riesgo externo es el riesgo que se experimenta como viniendo del exterior, de las sujeciones de la tradición o de la naturaleza. Quiero distinguir éste del riesgo manufacturado, con lo que aludo al riesgo creado por el impacto mismo de nuestro conocimiento creciente sobre el mundo. El riesgo manufacturado se refiere a situaciones que tenemos muy poca experiencia histórica en afrontar (Giddens, 2005).

Continúa Giddens: "La mayoría de los riesgos medioambientales, como los vinculados al calentamiento global, entran en esta categoría. Están directamente influidos por la globalización galopante...". Calentamiento global, conflictos étnicos y raciales en diversas regiones del mundo, avances tecnológicos vertiginosos, amenaza real de una catástrofe nuclear y procesos globalizadores con toda la suerte de imponderables, llenan el prontuario de nuestras vidas; cada amenaza con sus particularidades, en orígenes y efectos, pero con el común denominador de que son generadoras de miedos e incertidumbre, lo que a menudo hace suponer, como plantea Giddens, que están fuera de nuestro control.

Las amenazas naturales constituyen un conjunto de eventos conocidos desde las sociedades tradicionales más antiguas. No obstante, teorías bien fundamentadas en el campo de las ciencias naturales consideran que las variaciones e inusual frecuencia, así como la letalidad de sus efectos en los últimos años tienen que ver con un proceso acumulativo de acciones humanas irracionales, como la contaminación ambiental

en todas sus formas, la exploración minera al margen de políticas regulatorias que garanticen la preservación de los recursos vitales como los acuíferos, y otras formas depredadoras.

Pero hay otros fenómenos más recientes, como el caso de la globalización y el desarrollo de las nuevas tecnologías, que generan cambios de paradigmas y se constituyen en esa "modernidad líquida" de la que nos habla Bauman. Son los casos del incierto futuro de instituciones tradicionales como la familia y el matrimonio, así como los cambios operados en las relaciones interpersonales cuya "liquidez" nos coloca en un proceso disruptivo con el pasado casi reciente.

Nos estamos distanciando del pasado a toda velocidad –dice Bauman–, de lo cual resulta el impacto de dos fuerzas, una es la fuerza del olvido y la otra, la de la memoria. No hay tiempo para entrar en materia, de modo que la memoria guarda un recuerdo deformado del pasado. No sabemos cuánto van a durar las concepciones que se establecen con unos cimientos tan débiles" (Bauman, 2012).

En ambos casos, tanto esos eventos naturales como aquellos "manufacturados" encuentran un caldo de cultivo propicio para su potenciación en un mundo cada vez más desigual, con estructuras sociales débiles y sistemas educativos con grandes falencias. Aún aquel riesgo "que se experimenta como viniendo del exterior" no está totalmente desconectado de la acción social. Sabemos hoy que los llamados fenómenos naturales" no son meros eventos fortuitos... son producto de una relación cambiante

entre acontecimientos naturales (peligros), condicionantes físicos y sociales (vulnerabilidades) y unos sistemas de gestión de riesgo que existen –o que, con frecuencia, no existen– para protegernos...” (The Worldwatch Institute, 2007).

Es en ese contexto de amenazas latentes en el que tiene sentido la reflexión sobre el importante rol de la educación como agente socializador en la construcción de una nueva cultura de gestión y prevención del riesgo, en correspondencia con las nuevas tendencias de enfoque en ese campo, de privilegiar en los aprendizajes las competencias y habilidades de los individuos en procura de capacitarlos para enfrentar los nuevos probables desafíos. Esta nueva cultura identificaría las mejores estrategias y modelos para la formación de ciudadanos resilientes y mejor dotados de las habilidades que resulten efectivas no solo para prever sino para mitigar los efectos de los eventos, si el impacto de estos resultare inevitable en la sociedad.

El concepto de “resiliencia”, muy usado en las ciencias sociales a partir de los años 70, tiene su origen en la psicología evolutiva: “Como un intento de explicar por qué algunos niños y niñas, frente a una vida de estrés, eran capaces de sobrepasar las adversidades y transformarse en individuos saludables” (Menvielle, 1994, citado en Kalawski & Haz, 2003).

Aunque las definiciones sobre el término resultan muchas y de muy variada índole, en definitiva, lo que nos sugiere es esa capacidad que adoptan las personas de sobreponerse o superar los obstáculos en un entorno desfavorable y hostil. El individuo resiliente no solo se

sobrepone a tales adversidades con espíritu positivo, sino que de las mismas surgen nuevas y mejores experiencias. En la sociedad dominicana abundan los ejemplos de personas públicas resilientes y para poner un ejemplo, se puede mencionar el de la arquitecta Francina Hungría.¹

Hay individuos resilientes, pero también comunidades resilientes. Es dable pensar que en ambos casos se da una retroalimentación impulsada por la necesidad de enfrentar situaciones que les son comunes en la adversidad. Un aspecto estudiado por la sociología del siglo XIX que atribuía a la conducta anómica de determinados individuos el fomento del sentido de solidaridad colectiva, por lo tanto la “desviación” tiene como respuesta colectiva la consolidación de los lazos morales (Durkheim, citado por Macionis & Plummer, 2004, 4ta. edición).

Contrario a lo que se pueda pensar, la resiliencia no surge por generación espontánea; es una capacidad que se “construye” con la fuerza del carácter, que a su vez está mediado por el influjo de conductas familiares y culturales. Pero esa capacidad de resistencia también ha de ser fomentada y reforzada en la práctica social, a través de las demás instancias socializadoras como los medios de comunicación, los grupos de pares o la escuela. En ese orden, resulta que tanto la familia como la Escuela tienen serios desafíos sobre todo en algunas regiones del mundo como

1. La ingeniera Francina Hungría fue objeto de un atentado a balazos por la delincuencia común, que la dejó invidente en noviembre del 2012. Posteriormente devino presidenta de una fundación que lucha por los derechos de los invidentes y promueve causas para la inclusión de esa comunidad.

América Latina "... la región más inequitativa del mundo, no la más pobre. [Donde] el quintil más rico recibe más del 50% de los ingresos" (Aravena, Incertidumbres globales: impactos en los procesos de integración latinoamericanos, 2018). En un informe de Flacso se plantea:

La inconformidad con la situación económica se expresa por desempleo, la precariedad del empleo que tiene efectos de transmisión intergeneracional de la pobreza. La exclusión es uno de los aspectos fundamentales que es necesario resolver porque en la medida que exista exclusión, se seguirán ahondando las diferencias que tendrán un impacto claramente en la desigualdad, en la violencia y afectarán al conjunto del sistema político.

En sentido general, un mundo con esos desafíos encuentra a los países de América Latina con grandes debilidades: instituciones deficientes, escasa tradición organizativa de la población y ausencia de políticas y estrategias de planificación por parte de los gobiernos locales y

nacionales; y, sobre todo, sistemas educativos frágiles e incapaces de dar respuesta a los problemas desafiantes del mundo postmoderno. Como se aprecia en las fotos siguientes, Santo Domingo no escapa a los enormes contrastes de las ciudades latinoamericanas donde conviven dos mundos completamente diferentes:



Fuente: Nápoles Defrank.



Fuente: Nápoles Defrank.

En la línea de superación de tales males, se encuentra el esfuerzo por una educación de calidad. El tema de la calidad educativa ha estado en el foco de debate en las últimas décadas, y parece que hay consenso entre los especialistas en la equidad necesaria de los aprendizajes que propendan a la formación integral de los alumnos en procura de formar ciudadanos con mayor nivel de desenvolvimiento en el mundo de hoy. Así: “Se ha encontrado que el mejoramiento de la calidad de la educación puede ser un catalizador del cambio social que apunte a superar la pobreza, mejorar la desigualdad en la distribución de ingresos y aumentar la productividad y el desarrollo de la sociedad (Hanushek y Woessmann, 2009 citado en Oficina Regional de Educación para América Latina de la Oreal/Unesco, 2015).

El tema de la “calidad” no siempre es bien entendido y abundan las posiciones encontradas en este sentido. Unos entienden la calidad educativa en tanto formadora de “capital humano” calificado, para insertarse con relativa facilidad al mercado laboral; mientras otras perspectivas más humanísticas lo asumen como el conjunto de acciones que apuntan a la formación de un ser humano con alto sentido de responsabilidad, socialmente comprometido con su entorno y de sensibilidad ante el malestar de sus semejantes. Los dominicanos de mayor edad recordarán aquella consigna surgida a raíz del Plan Decenal de Educación: “Educar es enseñar a vivir mejor”.

Para lograr combinar ambas cosas, la capacitación de “capital humano” apto para el mercado

laboral y que al mismo tiempo tenga una formación integral y humana capaz de no ser indiferente a los problemas de su entorno, es preciso poner atención a problemas estructurales de envergadura que caracterizan el conjunto de países latinoamericanos. El gran desafío de estos es, primero, la estandarización de sus sistemas educativos, de tal forma que los aprendizajes de los niños en las escuelas públicas puedan ser los mismos de los niños que asisten a las escuelas privadas. Eso sería garantía de igualdad en las oportunidades para el acceso a los mercados laborales, procurando una mayor justicia social; pero además equidad en el acceso a las herramientas que puede aportar la educación para hacer frente a los dilemas de la vida cotidiana.

En segundo término, la filosofía de la educación debería ser clara en la necesidad de tener como resultado final la formación de ciudadanos críticos y comprometidos, más que simples consumidores;² que sean capaces de insertarse en los mercados laborales con una formación humanística integral que los prepare para esos desafíos que se han señalado. Formar ciudadanos resilientes desde la escuela implica el fortalecimiento de programas y ejes temáticos transversales en las áreas del currículo, que contribuyan a la creación de una cultura de prevención, planificación y gestión del riesgo; pero también la construcción de una cultura de respeto a la diversidad, la tolerancia, la inclusión, la solidaridad y el uso adecuado de las tecnologías; así

2. Para mejor ilustración sobre el tema véase el texto de García Canclini, Néstor, sobre “Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización” (1995).

como el manejo de la ira ante un mundo extremadamente violento.

Ello solo es posible si se comienza como lo han hecho algunos de los sistemas educativos más exitosos del mundo³ desde los primeros niveles de la educación básica, poniendo a su servicio los recursos necesarios como única posibilidad de arraigar en los niños una cultura de prevención del riesgo que se reflejará durante toda su vida. La universidad puede contribuir en ese sentido, pero es poco probable que cualquier esfuerzo en este nivel transforme hábitos que han sido interiorizados desde la niñez. De ahí que en muchos países modélicos en buena educación han hecho énfasis en la inversión y mayor atención de los niveles iniciales en el aprendizaje de los niños.

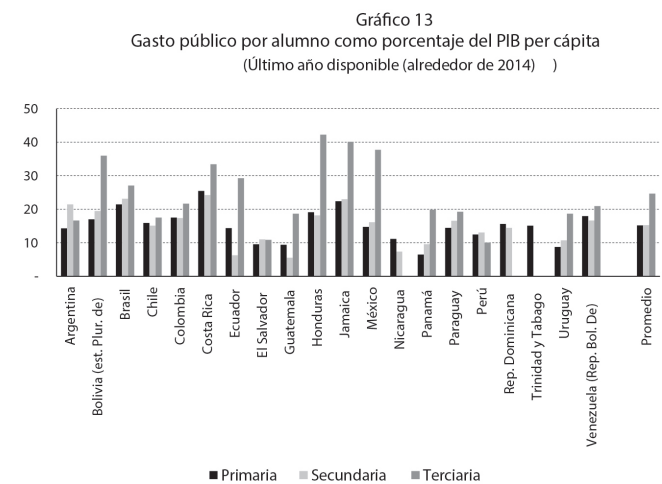
El caso de la República Dominicana no es ajeno al del resto del continente, pero con ostensibles particularidades a partir de los resultados en las evaluaciones de organismos internacionales sobre cobertura, rendimiento académico, inversión presupuestaria y formación docente. Aunque el país ha avanzado en algunos de esos aspectos,⁴ todavía se mantiene rezagado con respecto a otros países de la región. Para muestra, véase la gráfica del gasto público por alumno

3. El caso de Finlandia es particularmente paradigmático. Véase el documental de Michael Moore en <https://www.youtube.com/watch?v=2HGu5zyq5yl> <https://www.youtube.com/watch?v=2HGu5zyq5yl>

4. Por ejemplo, el presupuesto del Ministerio de Educación pasó de RD\$12,778 Millones en 2004, a RD\$153,495 en 2018, lo que significa una variación de 7.61% a 4.00% del PIB de República Dominicana. Eso, según la evolución presupuestaria del Ministerio de Hacienda.

como porcentaje del PIB per cápita (Cetrángolo & Curcio, 2017),

Con unos notables niveles de inequidad social y económica como lo reconocen esas entidades internacionales, el sistema educativo dominicano es una expresión de la dramática diferenciación social y económica, misma que a su vez refuerza los niveles de injusticia social e inequidad en los resultados académicos de los ciudadanos formados en instituciones públicas y privadas.



Fuente: elaboración propia sobre la base de datos extraídos de <http://data.uis.unesco.org/>

Aunque las estadísticas oficiales del Ministerio de Educación revelan una diferencia insignificante entre el rendimiento académico de los estudiantes que asisten a los centros públicos con aquellos que asisten a colegios privados,⁵

5. Como muestra, para el 2018 en el nivel medio general el porcentaje de estudiantes aprobados del sector público fue de 68.58, frente a los del sector privado 76.09. Cifras similares se establecen para los demás niveles.

lo cierto es que quienes han tenido experiencia docente en instituciones del nivel superior de educación pueden apreciar rendimientos altamente diferenciados entre los estudiantes de ambos sectores, resultando en obvia desventaja los que estudian en centros del Estado. Es importante aclarar que tanto en uno como en otro sector existen a su vez notables diferencias: centros privados de baja, media y alta calidad educativa, según el sector de clase al que sirva y paradójicamente también en los centros públicos se dan notables diferencias en los resultados de las evaluaciones. Esto último probablemente esté relacionado con aspectos de gestión de cada centro.

Esas diferencias en las áreas básicas del conocimiento (matemáticas, lecto-escritura, ciencias naturales y sociales) se expresan también, y por consecuencia, en los niveles de conceptualización, manejo de resolución de problemas; y acceso, manejo y uso adecuado de las nuevas tecnologías, lo que también implica limitado acceso a la información de calidad. Los niños procedentes de los sectores más vulnerables económica y socialmente tienen en consecuencia menos oportunidad en el manejo de herramientas adecuadas para la prevención y la mitigación del riesgo. Podría parecer verdad de Perogrullo que, en definitiva, muchos de los problemas que aquejan a la sociedad dominicana hoy día tienen entre sus múltiples causas factores relacionados con la calidad de la educación, pero es necesario insistir sobre ello y sobre los aspectos que pueden ser mejorados e incorporados en el sistema.

El torpe manejo de relaciones de pareja, por ejemplo, a veces determinado por los choques en los cambios operados en una cultura altamente machista, con los cambios de roles de la mujer en la sociedad, pueden encontrar en las aulas el escenario apropiado para modelar conductas desde la niñez que promuevan una mayor tolerancia y control de las emociones en el adulto. De igual forma, habría que esperar mejores resultados si el escenario de la escuela se convirtiera en un laboratorio donde se incentivara la convivencia en la diversidad y el respeto a las diferencias, sean de carácter racial, discapacidad, o de cualquier otra índole.

La estandarización del sistema educativo y la incorporación de ejes transversales en los aspectos descritos contribuirían a la formación de un ciudadano resiliente, altamente capaz de enfrentarse con éxito a la sociedad de riesgo con toda la carga de desafíos que todavía hoy luce indetenible. Es la educación, sin dudas, el eslabón sobre el cual ha de ponerse mayor énfasis en este objetivo, ya que su fin último no es otro que mejorar la propia vida y la de los demás, fomentando la posibilidad de una convivencia armónica. En carta a Trujillo en 1936, en la que Américo Lugo rechazaba la idea de escribir una historia dominicana para alabar la obra del dictador, éste decía: "No he estudiado nunca por la simple curiosidad de saber, sino, conforme a Aristóteles, para ser bueno y obrar bien" (Lugo, 2019).

Conclusiones

1. Con los desafiantes problemas que trae consigo, no solo en el plano de los “fenómenos naturales” sino –sobre todo– en el nuevo reordenamiento de las relaciones sociales, la sociedad de riesgo exige la formación de ciudadanos resilientes, con la capacidad necesaria para hacer frente a esos problemas.

2. La educación, como instancia normativa de la sociedad, está llamada a jugar un rol importante proveyendo a los estudiantes de las herramientas que le permitan, no solo incorporarse con éxito en el campo laboral, sino también enfrentarse a los desafíos de “ese mundo desbocado”.

3. La educación dominicana, tan diferenciada como la misma sociedad, debe plantearse la estandarización del sistema educativo y la reincorporación desde las etapas iniciales (niñez y adolescencia) de valores que le sean transversales.

4. Sólo a partir de nuevos enfoques y paradigmas que promuevan entre los niños valores como el respeto a la diversidad, el manejo y uso adecuado de las nuevas tecnologías, el control de las emociones y la ira podría hacerse más expedito y claro el camino hacia una mejor sociedad.

Referencias

- Aravena, F. R. (2018). Incertidumbres globales: impactos en los procesos de integración latinoamericanos. En F. R. Aravena, & J. Altmann, *América Latina y el Caribe: en una década de incertidumbres* (págs. 171-190), San José, Costa Rica: FLACSO.
- Bauman, Z. (19 de Agosto de 2012). Da la impresión de que todo anda fuera de control, I. p. Seisedos, entrevistador).
- Cetrángolo, O. & Curcio, J. (2017). *Financiamiento y Gasto educativo en América Latina*, Santiago, Chile: CEPAL, Naciones Unidas, Ministerio de Asuntos Exteriores de Noruega.
- Giddens, A. (2005). *Un mundo desbocado*, México, D. F.: Taurus.
- Kalawski, J. P. & Haz, A. (2003). Y, ¿dónde está la resiliencia? Una reflexión conceptual. *Revista Interamericana de Psicología*.
- Lugo, A. (12 de Mayo de 2019). Carta a Trujillo, obtenido de Ediciones Cielonaranja: <http://www.cielonaranja.com/lugocarta.htm>
- Macionis, J. & Plummer, K. (2004, 4ta. edición). *Sociología*, Madrid, España: Pearson Educación.
- Oficina Regional de Educación para América Latina de la OREAL/Unesco. (2015). *Situación Educativa de América Latina. Hacia la educación de calidad para todos*. Santiago, Chile: Unesco.
- The Worldwatch Institute (2007). *La situación del mundo. Nuestro futuro urbano*. Barcelona, editora Linda,Starke, Icaria Editorial.

